



*Por un Feminismo
sin Mujeres*

2º Circuito de Disidencia Sexual CUDS

EDITORXS

Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual



cuds
COORDINADORA UNIVERSITARIA
POR LA DISIDENCIA SEXUAL

POR UN FEMINISMO SIN MUJERES
Fragmentos del Segundo Circuito Disidencia Sexual

© Territorios Sexuales Ediciones

© Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual

Está permitida la libre distribución, copia y comunicación de la obra por cualquier medio tecnológico, biológico, químico o visual, reconociendo los respectivos créditos de cada autor y compiladores

Coordinación y Edición
Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS)

www.disidenciasexual.cl

Diseño y diagramación / Eugenia Prado
Fotografía / escaner de cintillos del Segundo Circuito Disidencia Sexual
Financia / ASTRAEA

ISBN: 978-956-345-112-2



9 789563 451122

Impreso por ALFABETA Artes Gráficas, Mayo 2011.



Índice

Presentación

Como si quisiéramos un feminismo sin mujeres, Jorge Díaz. 7 - 10

El feminismo no es

El feminismo no es un humanismo, Alejandra Castillo. 13 - 21

Escuchar el dolor, oír el goce, Diamela Eltit. 23 - 29

La mujer como piedra de tope: Una mirada frente al fracaso del feminismo, Francisca Barrientos A. 31 - 37

La contrapráctica como táctica a lo heteronormativo, Patricia Espinosa. 39 - 43

Por el lugar de los intersextos o de las subjetividades en intersección, Olga Grau. 45 - 55

Territorios de la disidencia sexual

Diga "queer" con la lengua afuera: Sobre las confusiones del debate latinoamericano, Felipe Rivas. 59 - 75

"Las Chicas Guerrilleras": Subversión, virtualidad y creación en el ciberespacio, Víctor Silva Echeto. 77 - 85

Las ciudades neoliberalizadas. Territorio, geopolítica, y disidencia sexual, Matías Marambio de la Fuente. 87 - 101

La invisibilidad del deseo como práctica de resistencia, Diego Ramírez. 103 - 113

Porno Romántico: Emancipación autovigilada, Colectivo Garçons. 115 - 121

Mujeres con comillas

Posmenopausia drag: Las mujeres y mi mamá, una relectura disidente de la performatividad, Cristián Cabello. 125 - 139

Intereses Individuales, Hilda Yáñez. 140 - 147

El maullido de la disidencia, Gatas en fuga. 148 - 155

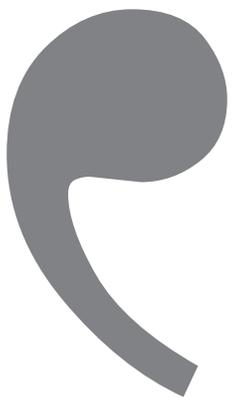
Postfacio

Deseos de...
¿Qué es un territorio de intervención política?, Nelly Richard. 156 - 178



2010 2011 2012 2013 2014 2015 2016 2017 2018 2019 2020 2021 2022 2023 2024 2025 2026 2027 2028 2029 2030 2031 2032 2033 2034 2035 2036 2037 2038 2039 2040 2041 2042 2043 2044 2045 2046 2047 2048 2049 2050 2051 2052 2053 2054 2055 2056 2057 2058 2059 2060 2061 2062 2063 2064 2065 2066 2067 2068 2069 2070 2071 2072 2073 2074 2075 2076 2077 2078 2079 2080 2081 2082 2083 2084 2085 2086 2087 2088 2089 2090 2091 2092 2093 2094 2095 2096 2097 2098 2099 2100

El feminismo no es





El feminismo no es





La mujer como piedra de tope: Una mirada frente al fracaso del feminismo

Francisca Barrientos A.

Durante años se ha supuesto –sin hacer demasiadas preguntas– que existiría un punto de unión indivisible entre el feminismo y las mujeres, o más bien entre las prácticas y las políticas feministas y el hecho de ser mujer, como si ambas categorías, sobre todo la de mujer, existieran más allá de todas las demás estructuras que nombran, norman y jerarquizan el mundo. Sin embargo, sabemos que para el caso específico de las identidades y las estructuras sexo-genéricas, aquello que observamos como cierto e irreductible, es decir, como lo natural, es en realidad una construcción simbólica muy bien articulada, generada y reforzada por tecnologías biopolíticas y de control, que actúan atravesando todos los cuerpos y las estructuras simbólicas que encuentran a su paso.

Bajo esta lógica, es decir, siguiendo la idea de la supuesta existencia suprema e inmaculada de la identidad mujer o de lo femenino como constante que atraviesa la vida y los cuerpos de todas las mujeres (más allá de la raza, las condiciones geográficas, las condiciones económicas, las identificaciones sexuales y todo lo que pueda ayudar a definir a una persona) surge un asunto clave que marca el punto en el cual es posible evidenciar el fracaso del feminismo como crítica anti-normativa y como herramienta de disolución de los discursos hegemónicos.

¿Por qué el feminismo tiene que ser un asunto exclusivo de “las mujeres” si no son ellas las únicas que se encuentran afectadas por los duros embates y las nefastas estructuras de la heterosexualidad obligatoria? ¿Por qué las mujeres

pueden decidir cuales son los cuerpos que el feminismo debe aceptar en sus filas o cuales son los cuerpos por los que se debe luchar?

La existencia de una política feminista que se proyecte como un asunto exclusivamente de la mujer o las mujeres es el gran fracaso del feminismo como arma política de lucha. Es necesario pensar en torno a la necesidad de generar una refundación de lo que se entiende por feminismo. Es urgente crear un nuevo feminismo que funcione bajo la lógica de códigos postidentitarios, críticos y deconstructivos, que se muestren abiertos a entender que no es posible fundar un sujeto político a partir de un asunto biológico y excluyente: las bio-mujeres.

Mujeres, margen y devenir identitario

En *Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan*, un capítulo del texto *Borderlands/La Frontera*, Gloria Anzaldúa dice algo que, en el marco del análisis de esta necesidad de refundar el feminismo me hace muchísimo sentido. Anzaldúa asegura que: “*If a woman rebels she is a mujer mala*”^[1].

Claramente al leer a Anzaldúa habrá quienes lleguen a reconocer que esta frase es simplemente maravillosa y que no importa cuantas veces lleguemos a ella siempre logrará captarnos y movernos a querer alcanzar esa maldad. Sin embargo, creo que a la maldad de esta chicana le falta un pequeño impulso más para poder dejarnos ver todo su potencial político y de transformación estructural. Falta que la mujer se sitúe en oposición a las estructuras que la norman, es decir, que –tal como ha propuesto Valeria Flores^[2]– se atreva a escribir contra sí misma.

^[1] Anzaldúa, Gloria. *Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan*, en: Bell Hooks, et all. *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid, Traficantes de sueños, 2004. Pág.73.

^[2] Flores, Valeria. *Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política*. Texto presentado en el I Coloquio Latinoamericano sobre “Pensamiento y Praxis Feminista” realizado en el Museo Roca, Ciudad de Buenos Aires - 24, 25 y 26 de junio de 2009 - Grupo Latinoamericano de Estudio, Formación y Acción en Sexualidad, Género y Cultura (GLEFAS) y el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE) de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

Si una mujer se rebela contra las normas que se condensan sobre su imagen y frente al deber-ser-mujer, que la fijan en el horizonte identitario, se vuelve una mujer mala. Deviene así, en un sujeto que puede ser leído como error o como fallo, pero jamás se articula como una negación del sistema. Muy por el contrario, se vuelve una pieza clave en esta eficiente creación naturalizante que es el género como motor de las identidades que se van imprimiendo sobre los cuerpos.

Las identidades sexuales son siempre estructuras discursivas que se crean performativamente a través de códigos y articulaciones simbólicas que cobran vida en nuestros cuerpos y se instalan mostrándose ante nosotros como agentes de lo natural. Ocurre generalmente que las mujeres malas -las putas, las perras, etc.- no se nombran a sí mismas desde la maldad sino que son supeditadas a ella a partir de la imagen que otros establecen sobre sus acciones. Lo mismo ocurre con otras identidades de margen que también son nombradas desde fuera, perdiendo así su potencial disruptivo, o transando con la norma una integración que podemos llamar viciosa, que las normaliza en su orilla patologizante: pienso por ejemplo en lo LGBT.

Así, sin quererlo las “mujeres malas” y las chingadas, de las que da cuenta Anzaldúa, vienen a reforzar la norma de los cuerpos toda vez que ocupan una posición de opuesto-radical: son el lado oscuro del espejo identitario. Ellas, al ser puestas por otros fuera de los márgenes de lo que las mujeres supuestamente son o debieran ser, refuerzan la existencia de los roles y las políticas de sujeción.

Para posicionarse políticamente más allá de la frontera identitaria y volverse un monstruo sexo disidente que se ubique *discursivamente* fuera del género, es decir, más allá de la heteronorma, hace falta dar otro paso. Hay que apropiarse del lenguaje y enunciar nuestras disconformidades. No basta con rebelarse para que nos digan que somos mujeres malas, es necesario y urgente renunciar al hecho mismo de ser mujer.

El gran problema de la mujer mala de Gloria Anzaldúa es que pese a que se ha rebelado contra su cultura paterna sigue siendo mujer, continúa reconociéndose en función de esos supuestos iguales que le ha impuesto el sistema identitario: sigue mirando al mundo en términos binarios. Mientras que, en oposición a lo anterior, justamente lo que hace falta es que deje de identificarse como mujer, es decir, que deje de intentar construirse políticamente a partir de una estructura discursiva y simbólica que existe sólo a partir de la presencia de un opuesto masculino y natural. Lo mismo sucede con las feministas.

Es necesario que la mujer renuncie a su signo, pero no que lo haga desde una perspectiva restrictiva como han propuesto algunas feministas clásicas y las lesbianas-feministas radicales de las que nos habla Sheila Jeffreys en su *Herejía lesbiana*^[3] sino que, es necesario que lo haga desde una posición más experimental y lúdica. Desde una mirada que asuma la profundidad del devenir como nos lo refiere Itziar Ziga en su *Devenir Perra* ^[4], o al estilo de de las masculinidades femeninas de Judith Halberstam^[5].

En otras palabras, lo que hace falta es que ella, cuerpo abyecto y mente corrupta, se decida a poner en cuestión el discurso totalizante y supuestamente natural que la ha posicionado como mujer y/o como mujer mala, impulsándola a mirarse bajo ciertos códigos específicos que la mantienen con la vista fijada a fuego sobre el discurso binario. Para refundar al feminismo es necesario lograr que las estructuras se quiebren y que se muestren sus fallas, pero eso sólo podrá lograrse excediendo los discursos que les han dado sentido. *Hackeando* el género y subvirtiendo los códigos, articulando nuevas tecnologías que sean flexibles e intercambiables, y de las cuales, finalmente, cada cual pueda echar mano en relación al lugar en que lo sitúen sus propias necesidades e intereses políticos.

^[3] Jeffreys, Sheila. *La herejía lesbiana*, Barcelona, Cátedra, 1996.

^[4] Ziga, Itziar. *Devenir Perra*, Barcelona, Melusina, 2009.

^[5] Halberstam, Judith. *Masculinidad femenina*, Madrid, Egales, 2008.

Hubo un tiempo en que fue políticamente potente fijar nuestra mirada en la relación de tensión y lucha que las mujeres feministas establecieron con lo masculino para poder construirse a sí mismas, esa parte de la historia política de la lucha feminista no se puede negar, esta claro. Sin embargo, tampoco podemos dejar de lado que esa misma historia nos dice que el sujeto mujer y la idea misma de la existencia de las mujeres, siempre fue por ahí creando conflictos y echando sombras sobre identidades de otras bio-mujeres que se encontraban más difusas, que se situaban en los márgenes o que estaban atravesadas por temas que no afectaban al supuesto “común” de las mujeres: estoy pensando, por ejemplo, en las lesbianas, en las feministas negras, en las chicanas migrantes, en las prostitutas, en las mujeres que trabajan en la industria del porno y, por supuesto también, en las perras malas que disfrutaban llamándose zorras y cantan – al ritmo punk de las *Vulpes*– que prefieren follar con ejecutivos^[6].

Pero ha llegado el tiempo de remover las estructuras y liberar a la mujer de su pesada existencia. Es urgente quebrar con los binarios, puesto que están siendo más que nunca potentes estructuras de control y normalización que van institucionalizando unos cuerpos por sobre otros, corriéndose así el peligro de que las luchas y las reivindicaciones se integren también en la norma y pierdan su potencial de quiebre.

¿Por qué seguir creyendo que las identidades tradicionales y el género son elementos importantes para posicionarnos políticamente, si ya hemos escuchado hasta el cansancio –de la mano de Judith Butler– que el género y el sexo son siempre una copia sin original y que ambos se constituyen como el resultado de una serie de actos performativos y autopoéticos que se refuerzan en lo cotidiano y adquieren existencia únicamente a partir de la enunciación de una norma? ¿Por qué insistir

^[6] La canción de las vulpes se llamó “Me gusta ser una zorra” y salió al aire por primera vez en la televisión española en el año 1983.

en la necesidad esencial de que sean sólo las mujeres las llamadas a acercarse al feminismo si observamos en lo cotidiano que los discursos que fundan la diferencia de género están sobrepasados y se desbordan a cada instante: si brota vida en los márgenes, que es donde supuestamente sólo habita la nada?

Siguiendo estas preguntas, y a la luz de las políticas postidentitarias y de la disidencia sexual, es necesario poner en cuestión la idea de que existe un sujeto unívoco e indivisible que es por derecho el único actor político posible para el feminismo, puesto que éste se trata de un asunto que termina por normalizar las prácticas políticas, limitando tremendamente su potencial disruptivo y naturalizando aquello frente a lo que el feminismo debiese pararse desde una mirada crítica: las estructuras sexo-genéricas y las posiciones identitarias rígidas que atraviesan a los cuerpos y los fijan impidiendo su devenir.

Es necesario que nos posicionemos desde más allá de las fronteras y que desde allí intentemos identificar las estructuras que sistemáticamente son impresas sobre los cuerpos y que resultan en la creación performativa de aquello que ha sido designado bajo el signo mujer: tenemos que mirar hacia los márgenes y saltar hacia el abismo, porque allí habitan las figuras que quiebran las normas de la identidad, los sujetos que no se adecuan o que no se reconocen a sí mismos según las estructuras que norman a los cuerpos y los posicionan entre lo blanco y lo negro que plantea la heteronorma.

Pocas cosas existen que sean mas excluyentes y normativas que los movimientos sociales y políticos que se definen a sí mismos como movimientos o espacios de mujeres. Puesto que esa misma definición identitaria que, supuestamente une y congrega a quienes participan de ellos, permitiéndoles reconocer a sus pares, los aleja de otros actores sociales que son igualmente fundamentales para los cambios.

¿Por qué aún hoy un asunto “biológico” es lo que abre o cierra las puertas a los actores validados del feminismo?

Mientras el feminismo sea un asunto exclusivamente de mujeres o de bio-mujeres, nunca habrá de alcanzar todo su potencial de transformación social. Así las mujeres son la piedra de tope del feminismo, son el signo que ha de condenarlo al fracaso.

Hay que contaminar el género para dejar en evidencia que su retórica es pura ficción. Es urgente gritarle al mundo que las mujeres no existen y que el sistema identitario caerá solamente a través de la conjunción posidentitaria de las voces disidentes y los cuerpos abyectos. Pero ese grito lo tienen que lanzar las propias bio-mujeres en gesto de renuncia.

Es necesario ampliar las bases desde las que es posible acceder a la política feminista y comprender que es tiempo de refundarlas. Mejor aún, es tiempo de asumir el fracaso de las políticas feministas que se han fundado en la existencia y en el reconocimiento de las mujeres como pilares de la lucha identitaria, el feminismo debe volverse mutante y abyecto.

El feminismo está llamado a ser sucio: debe ser en sí mismo una perra mala y aullarle su afán deconstructivo al mundo: tiene que ampliarse políticamente para que se le vayan sumando otros cuerpos desde los márgenes para que, tal como ha dicho mi amiga Cucha O'laucha "nunca más las tetas de una bio-mujer sean más feministas que las tetas siliconadas de las trans"^[7].

Finalmente, hay que decirlo, a diferencia de lo que fue profetizado en el último discurso de Salvador Allende, no va a ser la izquierda tradicional la que va a abrir las grandes alamedas. Eso sólo puede lograrlo el feminismo postidentitario y disidente. Debemos seguir adelante, porque las alamedas se van a abrir, pero por ellas no pasaran jamás ni los hombres ni las mujeres.

^[7] Disponible en: <http://talledeavispa.wordpress.com>